

PUBLICACIONES Cinema

Buck Jones
en

50
(CENTIMOS)



MORIR
CON
HONOR

FOR THE SERVICE

1936

MORIR CON HONOR

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

INTERPRETADA POR

BUCK JONES

NOVELA DE

Isadore Bernstein

DIRIGIDA POR

BUCK JONES



PELICULA UNIVERSAL
HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

MORIR CON HONOR

¡Calor!...

En el lejano Oeste, las llanuras sin árboles, sin ninguna vegetación, las rocas que el sol calcina; un cielo de un azul implacable...

¡Calor!...

El sol que abrasa y tres hombres que, tendidos, descansando, procurando no hablar, porque hasta para decir una simple palabra hay que esforzarse.

¡Calor!...

El sudor empapa sus rostros y su ropa. El aire es de fuego, la tierra arde. Y el peligro se oculta en todas partes.

¡Calor!...

Los hombres continuaban tendidos, pero una flecha que se clavó a sus pies, vino a interrumpir su descanso.

Uno de ellos se incorporó con desgana:

—Ha sido un indio. Por allí va, escapando en su caballo.

Pero el teniente Buck O'Brien denegó:

—No ha sido un indio. Un indio hubiera tenido mejor puntería.

Porque la flecha, en efecto, no les había tocado. E iban a proseguir su interrumpido descanso, pero en aquel instante llegó en su carro Johnson, un ranchero de las cercanías. Venía herido y entre jadeos y estertores pudo contar que su rancho había sido saqueado e incendiado la noche anterior.

Todo lo habían robado y lo que no, lo había destruido el fuego. Sus gentes habían sido asesinadas y sólo él pudo escapar.

—¿Sabes quién ha sido?

—No; pero debieron ser los hombres de la cuadrilla de Howard que tienen su guarida por Eicre.

Entonces Buck O'Brien y sus compañeros montaron a caballo y se pusieron en camino hacia el rancho incendiado.

— 4 —

Buck O'Brien era la figura tipo del teniente de las fuerzas rurales: fuerte, atlético, impetuoso, con dotes de mando y gesto enérgico; estupendo caballista, conocedor del terreno, de los indios y sus tretas y de los bandidos y su psicología especial, nada había que le sorprendiera ni que le atemorizase.

El clima que mejor vivía era el de las batallas y el olor de la pólvora su mejor perfume. No le importaban las intemperies ni las largas jornadas a caballo. Desdeñaba las comodidades y amaba la sencillez de la vida al aire libre. Su amigo favorito era su caballo y su pasión más grande era la pelea.

Así era Buck O'Brien, teniente de rurales en un puesto destacado del lejano Oeste.

— 5 —

El sol caía implacable sobre la llanura desierta, pero a pesar de ello nuestros hombres espolearon sus cabalgaduras para llegar pronto. Se acercaban ya al rancho, pero sobre el terreno sólo se veían unos restos de construcciones consumidas por el fuego y una columna de humo que se elevaba del suelo. Y lo que no había sido quemado, había desaparecido; todo lo de valor, pero principalmente el ganado, se lo llevaron los bandidos. Todo era allí ruina y desolación.

El teniente Buck, después de inspeccionarlo todo, salió en persecución de los bandidos; galopaba por las llanadas, inspeccionándolo todo con mirada penetrante, y al cabo los distinguió en la distancia.

Y no se detuvo a pensarlo: espoleando a su caballo, se lanzó tras ellos y pronto los bandidos quedaron al alcance de sus balas. Apenas si hubo que entablar la lucha: tan pronto como le vieron y oyeron los primeros disparos, los bandidos escaparon, abandonando el ganado robado que se llevaban consigo.

Pero cuando se perdieron de vista, una de las monturas no llevaba jinete: la puntería del teniente Buck era muy certera.

Volviendo Buck O'Brien donde sus compañeros, después de lanzar una última mirada sobre las ruinas del rancho incendiado, se dispusieron a regresar.

* * *

— 8 —

Al llegar al punto donde por primera vez les vimos, llamaron a Johnson, el ranchero que les trajo el aviso de lo ocurrido. Johnson estaba tendido en el suelo, pero no contestaba. Uno de los hombres pretendió incorporarle; en vano.

— ¿Muerto?

— ¡Muerto!

Hombres hechos a ver la muerte junto a sí, a pesar de ello, no pudieron menos de advertir un sentimiento de dolor, al que se mezclaba la indignación.

Pronto se puso en marcha la triste comitiva, llevando en su propio carro al ranchero muerto. Y atravesando la llanada, que es más bien un desierto flanqueado por elevaciones rocosas, pronto vieron en la distancia el pequeño fortín avanzado que era su cuartel.

* * *

— 7 —

Un pequeño fortín, con alta empalizada y en una de las esquinas, colocada estratégicamente, una torrecilla donde el hombre de guardia, a manera de vigía, observaba lo que ocurría en las llanuras vecinas y anunciaba si alguno se acercaba al fuerte.

Una vez llegados, el teniente O'Brien se presentó al capitán Murphy, un jefe de gran prestigio, ganado a fuerza de valor y experiencia de la vida militar.

—¿Cuántos hombres eran los que escapaban? — preguntó.

—Eran tres indios y un blanco.

—¿Está usted seguro, teniente?

—Sí, mi capitán. Han de ser las gentes de Howard — dijo el teniente.

—Lo cree usted?

—Estoy seguro. Emborrachan a los indios y hacen de ellos lo que quieren. Tienen su guarida por Ecre.

—Convendría explorar aquellos lugares — comentó el capitán después de breve pausa.

—Lo mismo pienso...

Pero el capitán estaba preocupado, además, por otro motivo.

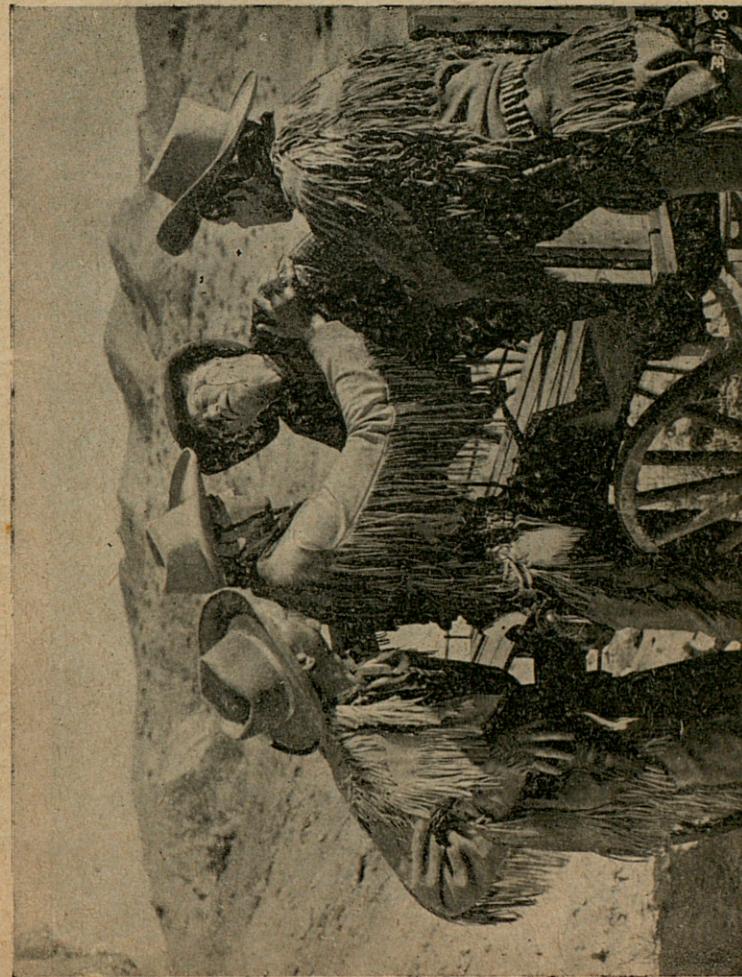
—Teniente: ¿Sabe usted que llega hoy mi hijo Jorge? Me preocupa su llegada.

—¿Su llegada?

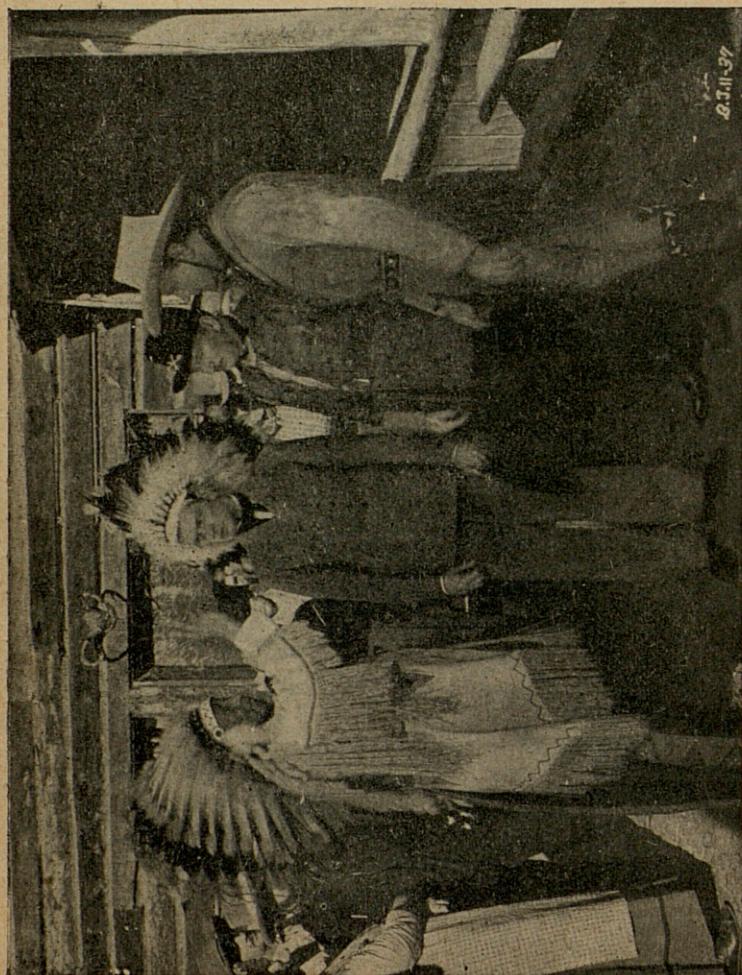
—Sí. De muy niño vió cómo los indios mataban a su madre y a sus hermanos y una visión tan terrible pesa luego sobre toda la vida.

Hubo un silencio que rompió el teniente:

—¿Dónde ha estado?



Pero en aquel instante llegó en su carro Johnson ...



... al sentir su contacto y al notar sobre su cabeza la diadema de ...

8.7.11-37

—Le mandé al Este. Hace quince años que no le veo. Hoy llegará y no sé, no sé...

—Yo le saldré al encuentro.

En efecto, Buck y otro viejo camarada salieron en busca de la diligencia en que viajaba Jorge Murphy. Al encontrarse, el muchacho saludó alegremente a Buck. Era un mozo muy despierto, pero tenía algo así como un gesto de dureza o de dolor, fijo en su rostro. Bas-tante fuerte para su edad, había, sin embargo, en su mirada, una expresión tímida e indecisa.

Al ver los caballos, quiso probarlos y montó en el del viejo rural que acompañaba al teniente. Y una vez montado, se lanzó al galope a campo traviesa. Buck le siguió, mientras su viejo compañero se rascaba la cabeza.

—Nunca me había pasado una cosa así...

—Monta aquí, en el pescante — le dijo el cochero de la diligencia.

—Bien — comentó el buen hombre — iré por una vez en mecedora.

Cuando llegaron al fortín, lo primero que hizo Jorge fué, naturalmente, presentarse a su padre y cuadrarse militarmente ante él. El capitán le miró largamente, con emoción; luego le abrió los brazos y padre e hijo se estrecharon fuertemente, como sumando los abrazos que en tantos años no se habían dado.

Pero Jorge acababa de ver allí dos cosas que le emocionaron muy diversamente: una era Penny, guapa hija del propietario de la cantina. La otra...

Estaban en el fuerte, esperando al hijo del capitán, para rendirle tributo de amistad, Gran Oso y otros jefes indios, amigos ahora de los blancos. Esto es lo que vió Jorge y por su interior pasó algo que se transparentó en su mirada.

Gran Oso, viejo indio sometido, al que la falta de la antigua vida de lucha y ejercicio había hecho engordar enormemente, tenía las facciones abultadas, la cara llena de arrugas y unos ojos sin expresión que se perdían en la masa carnosa del rostro. Vestido con los atributos de jefe, con las plumas de águila que le rodeaban la cabeza, y le caían por la espalda, se acercó trayendo en la mano una diadema de plumas también de águila que colocó sobre la cabeza de Jorge, como proclamándole uno de los jefes.

El muchacho, al advertir que Gran Oso llegaba hasta

él, al sentir su contacto y al notar sobre su cabeza la diadema de plumas, sintió dentro de sí un estremecimiento de repulsión: Todo el horror de los hechos pasados, la muerte de su madre y hermanos asesinados por los indios, apareciéndosele desde el fondo de su nifez, le producían una especie de estupor temeroso que se transparentaba en su mirada y que el teniente Buck advirtió enseguida. Y así, en cuanto Gran Oso se apartó, quitando la diadema de plumas de la cabeza de Jorge, se lo llevó de allí.

Al pasar frente a la cantina, Jorge vió de nuevo a Penny. Era una muchacha joven, rubia, bonita y de aire modesto y encantador.

Jorge se decidió a preguntar:

— ¿Quién es?

— Penny, la hija del cantinero: una buena chica — respondió Buck, y llevó a Jorge a la habitación que hasta entonces había ocupado él solo y en adelante compartirían los dos.

El capitán Murphy, a quien la presencia de su hijo había dado un ánimo nuevo, preguntó a Buck:

—¿Qué piensa usted de mi hijo, teniente?

—Buen muchacho; monta bien a caballo.

El capitán insistió aún. Militar de corazón, le atormentaba la idea de que su hijo no sirviese para aquella vida.

—Pero, ¿qué piensa usted de su carácter? ¿No cree usted que los terribles recuerdos de su niñez le hayan incapacitado para la vida peligrosa del rural.

—Creo que se sobrepondrá a los dolorosos recuerdos y que será digno del apellido.

—Gracias, teniente — dijo el capitán con efusión — pero, ¿no cree usted que hayan influido sobre su ánimo haciendo de él un muchacho tímido?

—No, en modo alguno: ¿por qué? Y aunque así fuese; aquí aprenderá a hacerse hombre, un verdadero hombre — añadió Buck.

—Ojalá sea así, teniente — suspiró el capitán.

Tras una breve pausa, Buck dijo:

—Convendría llevar a cabo la inspección hacia Eicre.

—Nadie mejor que usted, teniente.

—Gracias, mi capitán; se lo iba a pedir. Pero convendrá que vayamos muy poca gente.

Tras breve duda, el capitán añadió:

—Llévese usted a mi hijo.

—Lo haré así.

* * *

Cuando Buck salió de la estancia, fué en busca de Jorge, pero no le encontró. No se hallaba, sin embargo, muy lejos: estaba hablando con Penny; le encantaba la gracia modesta de la muchacha y su belleza sencilla y su carácter lleno de reserva. Hablaban y hablaban; ¿qué se dirían? Nada: nada y mucho: esas cosas sin importancia, pueriles, que son el prólogo de los juramentos de amor. Porque sus juventudes se habían atraído desde el primer momento y un impulso igual les llevaba el uno hacia el otro.

Habló Buck con Jorge y partieron enseguida a caballo. La soledad les rodeaba, el sol brillaba con fuerza y se reflejaba sobre cada piedra y en las aglomeraciones rocosas que se veían en la distancia. El muchacho iba contento; la vida al aire libre le agradaba y los recuerdos penosos de la niñez parecían hoy dormidos. Algo cantaba en su interior una promesa de felicidad y una futura vida llena de dicha.

El teniente, entretanto, le observaba y callaba.

Prosiguiendo su marcha, se iban acercando a la parte rocosa donde se hallaba Eicre y, por tanto, al lugar donde se guarecían los bandidos. De pronto Buck se detuvo, escuchando. Se oían tambores a distancia.

El teniente aguzó la mirada; veía algo que le parecía sospechoso. Entonces dijo al muchacho:

—Cuidado, Jorge; aquí hay algo raro.

—¿Qué ocurre? — preguntó el muchacho.

—No lo sé todavía — dijo el teniente.

Y después de una pausa en que siguió observando, añadió dando instrucciones a Jorge:

Al primer disparo que oigas, tírate del caballo y hazte el muerto.

Luego, añadió:

—Y cuidado con hacer ningún movimiento mientras yo no te lo indique.

El muchacho sintió dentro de sí la inquietud de un desconocido, pero prometió cumplir lo que ordenaba el teniente.

Prosiguiendo su marcha entraron ya en la zona rocosa y cuando al poco tiempo comenzaban a pasar por una cañada, sonaron dos disparos. Inmediatamente, Buck y Jorge se dejaron caer de los caballos como si estuvieran heridos.

Buck, ya en el suelo, dijo al muchacho en voz tan baja como un suspiro:

—Cuidado, no te muevas. Ahora vendrán —. Y su mano empuñaba la pistola.

Hubo unos momentos de espera angustiosa. Luego, saliendo de entre las peñas y avanzando con precaución, se acercaron dos hombres. El teniente O'Brien, tendido en el suelo, sin apariencia de vida, les dejaba llegar.

Cuando estuvieron ya cerca, con un movimiento rá-

pidísimo, el teniente disparó repetidamente y los dos hombres cayeron al suelo como mortalmente heridos.

Jorge había seguido la escena con dolorosa inquietud, y al ver entonces caer a los dos hombres, sintió un estremecimiento. ¿No era aquello un asesinato?

Y así se lo dijo al teniente.

Pero O'Brien, sin hacerle caso, llegó donde los hombres y recogiendo sus armas las destrozó contra las peñas. El muchacho le miraba hacer, asombrado: ¿A qué venía todo aquello? Hasta que el teniente le dijo con una sonrisa:

—Esos dos hombres están igual de muertos que tú y yo cuando nos hemos tirado al suelo.

Jorge, acrecido su asombro, quiso volverse a mirarlo, pero ya el teniente iba al lugar donde se habían detenido los caballos y montaba en el suyo. Jorge le imitó y en el momento de ponerse en marcha vieron cómo los dos presuntos muertos se levantaban y corrían por entre las peñas, escapando.

Buck O'Brien, sonriente, se los mostró al muchacho.

• • •

Entretanto, en Eicre, guarida de los bandidos, Howard y sus hombres, completamente borrachos, se regocijaban con sus hazañas.

Howard, el capitán, era un hombre repulsivo; fuerte, pesado, con un aire bestial y matón, ganaba a todas sus gentes en brutalidad y perversión de instintos. Los trataba a golpes, les insultaba y todos tenían para él un sentimiento complejo de temor y de odio. El lo sabía y se reía de ellos.

Y en aquellos momentos, al llegar uno de los indios para contar al jefe lo ocurrido con el teniente Buck, Howard montó en cólera y después de llenarle de insultos, le golpeó cruelmente, bárbaramente, entre las risas de todos los demás.

Prosiguieron su marcha nuestros amigos: era ya de noche y las sombras cubrían la llanada, donde todo era paz y silencio. Pero, de repente, se oyeron unos tiros. Buck y Jorge, espeoleando sus caballos, pronto llegaron a ver un grupo de carros en el que se defendían de los indios unos hombres blancos.

—Adelante, muchacho — dijo Buck, — vamos a ayudarles.

Y emprendiendo nueva galopada, pronto se encon-

traban junto a los blancos atacados. Entonces, el teniente dispuso lo que había de hacerse.

—Tú — dijo a Jorge — aquí, vigilando, y a la primera cosa que se acerque arrastrándose, le pegas un tiro.

Entretanto, los indios continuaban disparando. Algunas flechas incendiarias habían prendido en los toldos de los carros y aunque los hombres de la caravana se esforzaban en apagar el fuego, su tarea se hacía difícil.

Los disparos de una y otra parte turbaban el silencio de la noche y las llamaradas de los carros incendiados iluminaban con su fulgor la terrible lucha.

Pasaba el tiempo y la batalla seguía sangrienta; caían de un lado y de otro los hombres y la victoria no parecía decidirse a favor de ninguno de los dos bandos.

Para Jorge, la espera se hacía terriblemente angustiosa. Mil sentimientos contradictorios luchaban en su interior. Aguzando los sentidos y con toda el alma puesta en sus ojos, quería atravesar la oscuridad para percibir si alguna sombra avanzaba arrastrándose, pero no veía nada.

De pronto, un indio que se deslizaba por entre las ruedas de los carros, apareció sin hacer ruido, y lanzándose en silencio sobre uno de los blancos, saltó sobre sus espaldas y calladamente, sin el menor ruido, le hundió un cuchillo en la espalda.

Jorge, al verlo, sintió renovarse dentro de sí mismo aquella terrible escena de su niñez en que su madre

y sus hermanos sufrieron la misma horrible muerte. Quiso sobreponerse a aquel terror pánico que le inmovilizó, pero no lo consiguió; y tambaleándose, perdida la noción de las cosas, cayó al suelo desmayado.

Cuando el teniente O'Brien se dió cuenta de lo que pasaba, corrió donde Jorge y una vez que le hubo levantado, le zarandeó con brusquedad. Al fin, el muchacho volvió de su desmayo, pero no lograba recomponerse; tenía miedo, pero no sólo el miedo irreflexivo, sino la convicción de sentirse incapaz de matar, ni aún en aquel caso de legítima defensa. Y en su excitación quería huir, escapar de allí.

—¡No puedo, no puedo!... —decía. —¡Tengo miedo! Quiero marchar. ¡Deja, déjame marchar!... ¡No puedo, no podré matar nunca!...

—Pero es absurdo. Es en legítima defensa —dijo Buck. —Si no matamos, nos matan!

—Aunque así sea. ¡No puedo, no puedo!...

—Bien; entonces, vete. Pero llega al fuerte y pide que nos envíen refuerzos.

El muchacho montó a caballo y partió. Cabalgaba en la noche con la ansiedad de llegar a tiempo. Al fin, llegado al fuerte, todos los hombres le rodearon. Explicó lo ocurrido y el capitán organizó rápidamente la marcha. La partida se hizo enseguida y a poco todos los rurales, a caballo, guiados por su capitán, salían en ayuda del teniente y de las gentes de la caravana.

La tropa cabalgaba rápida: unos hermanos estaban en peligro y había que correr en su ayuda. La ansiedad espoleaba los caballos y todos, desde el capitán

hasta el último rural, tenían un mismo pensamiento: ¿Llegarían a tiempo? En tanto, la angustia de los sitiados crecía; la situación era cada vez peor y en cualquier momento los indios podían caer sobre ellos en el asalto final.

Y así pasaban los segundos como minutos y los minutos como horas y las horas como días. Ya se iban perdiendo las esperanzas y el ánimo flaqueaba. Pero en aquel momento se vió llegar a las fuerzas rurales, que, atacando a los indios por la espalda, les pusieron en franca dispersión. ¡Qué contento el de todos!... ¡Con qué alegría más cordial se saludaban sitiados y salvadores! Pero el gozo decayó de momento: al escapar los indios disparando, una flecha había herido al capitán.

—El capitán, herido? Todos aquellos hombres sintieron como suyo propio el dolor. Todos acudieron y Buck, rápidamente, le arrancó la flecha del brazo en que estaba clavada, y efectuó una somera cura.

Afortunadamente, no parecía que la herida fuese grave.

Cuando regresaron todos al fortín, Jorge, el muchacho, estaba muy preocupado. Comprendía que no lograba reaccionar y que el miedo de su niñez era más fuerte que él. Sentía que no había nacido para aquella vida y que aunque quisiera dominarse no podría conseguirlo. Los dolorosos recuerdos infantiles pesarían siempre sobre su ánimo.

Ya solo con Buck en su cuarto, dijo al teniente:

—Estoy avergonzado; nunca podré hacerme a esta vida. Lo de hoy ha sido imperdonable, pero siento que jamás podré sobreponerme.

—Te acostumbrarás — dijo Buck, — no tienes más que recordar una cosa.

—¿Qué cosa? — preguntó Jorge, extrañado.

—Que te llamas Murphy.

Jorge permaneció pensativo; pesaba sobre él toda lo que de noble, abnegado y valiente encerraba este apellido que su padre había honrado tanto. Pero por otra parte había algo dentro de él que le impedía obrar y comportarse como su padre lo hubiera hecho.

Se habían acostado y apagado la luz. Con las emociones y los trabajos del día; con el cuerpo cansado y el ánimo alegre, el teniente sonreía feliz. Pero Jorge se revolvió toda la noche en su cama, pensando, pensando. Y el día vino, sin que hubiera logrado pegar los ojos.

Por la mañana llegó el jefe de la caravana de carros que fueron atacados la víspera y queriendo demostrar su agradecimiento a los que les habían salvado, buscaba el modo de hacerlo, ya que según sabía, toda

gratificación de los rurales estaba prohibida terminantemente. Pero pensaba que bien podría regalar a alguno de los que más se hubiesen distinguido, un reloj de oro que entregaba al capitán en señal de gratitud y en homenaje al valor de aquellos hombres que les habían salvado la vida.

El teniente, que presenciaba la escena, tuvo de pronto una inspiración y propuso que el reloj fuese para Jorge, ya que con su decisión de correr al fuerte en busca de refuerzos, salvó la situación. El capitán Murphy, intimamente halagado por el reconocimiento que esto suponía del valor de su hijo, accedió.

—Pero — dirigiéndose al jefe de la caravana — es usted quien tendrá de hacer el ofrecimiento.

No se sentía el buen hombre muy seguro de sus dotes oratorias; sonrió, sin embargo, como quien piensa que después de la lucha con los indios nada podría asustarle.

—Si no hay otro remedio... — dijo.

—No lo hay — respondió el capitán, sonriente.

E inmediatamente dió órdenes para que la pequeña guarnición formara en el patio del fortín.

Entretanto, el teniente Buck había ido en busca del muchacho y con gran seriedad le exigió una promesa: la de que, pasara lo que pasara, haría lo que él dispusiese y obedecería todas sus órdenes sin decir nada de lo que había ocurrido la noche anterior.

Jorge, sin saber qué hacer, dudaba; pero ante la insistencia del teniente, dijo:

—Acepto — a tiempo que se oía el toque de llamada.

Cuando todos estuvieron formados, el capitán Murphy dijo así:

—Nuestros amigos de la caravana de carros tienen algo que deciros: ahora va a hablaros su jefe.

Y con una sonrisa de embarazo, escondiendo casi la cabeza, el jefe de la caravana habló:

—Bien... yo no sé... quiero decir qué... todos estamos muy agradecidos y... quisieramos en algún modo demostrar nuestro... reconocimiento. Así que... entrego este recuerdo al hombre que... con su intrepidez y valor... ha logrado salvarnos...

Y acompañando la acción al discurso fué hacia Jorge y le entregó el reloj. Jorge, al principio extrañado, cuando se dió cuenta de lo que se trataba, enrojeció y quiso protestar. Todo su espíritu honrado y recto se sublevaba. Tal vez comprendía perfectamente la intención con que Buck le había exigido la promesa y se daba cuenta del compromiso de honor que era para él aceptar aquel regalo; pero le avergonzaba doblemente el aceptarlo porque le traía el recuerdo de aquel desfallecimiento cobarde que deseaba olvidar.

Pero en aquél momento en que su conciencia leal se iba a rebelar, sintió una mano que cogía la suya y se la apretaba fuertemente: era el teniente Buck que le recordaba al mismo tiempo en voz baja:

¡Tu promesa!...

Y Jorge, haciéndose una gran violencia, calló. Al retirarse el capitán y romperse la formación, los

compañeros rodearon a Jorge con gritos de júbilo y cogiéndole entre todos, le mantearon entre las risas y la algazara. Era el modo como ellos demostraban su alegría y satisfacción por el éxito del compafiero.

Pero no eran sólo sus compañeros los que estaban contentos. En un lado del patio del fortín, junto a la tienda de su padre, un muchacha rubia y de belleza suave miraba orgullosa la escena. Era Penny, que se sentía feliz con el éxito del muchacho, y hubiera corrido a su lado, siguiendo su impulso interior. Pero su timidez no se lo permitía y estaba allí, sonriente contemplando la escena. Hasta que por fin, vencida por su alegría, corrió al grupo y felicitó a Jorge.

El júbilo con que el muchacho recibió esta felicitación, probaba que había en él algún sentimiento más hondo que una simple amistad hacia Penny. Pero pronto esta alegría quedó empañada por una simple consideración. No merecía él estas consideraciones ni estas muestras de júbilo. Y mucho menos si venían de Penny porque a Penny no podía él engañarla.

Este pensamiento le avergonzaba y le hacía sufrir. Por eso, decidió contárselo todo, prefiriendo mejor aparecer indigno ante sus ojos, que merecer su amor por medio de un engaño.

Así, cuando sus compañeros le dejaron, corrió Jorge a la tienda donde ella estaría sin duda. En aquel momento salía el padre de Penny por lo cual podrían estar a solas.

Y ya Jorge iba a contárselo todo, venciendo su orgullo, empequeñeciéndose, quedando a sus ojos mal pa-

rado, porque en todo el Oeste el valor es la condición primera que ha de tener un hombre; pero satisfecho de sí mismo porque él no podía admitir lauros ajenos, ni ella merecía un engaño por su parte.

Pero la llegada del teniente se lo impidió. Y cumpliendo sus órdenes, marchó Jorge mientras Buck se quedaba junto a la muchacha.

* * *

Porque el teniente Buck quería decir a Penny algo muy importante relativo a ella y a Jorge.

—Mira, Penny; Jorge es un buen muchacho lleno de cualidades, pero el terrible golpe que ensombreció su niñez, aquella muerte horrible de su madre y hermanos, pesará para siempre sobre su vida.

Penny se entristeció:

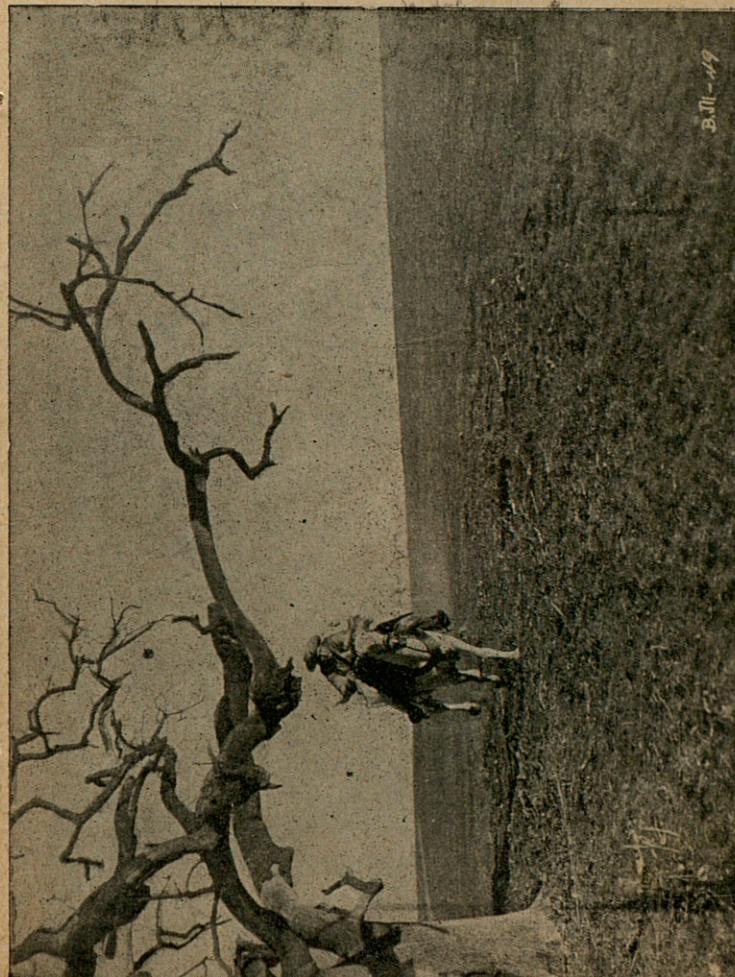
—Pero Jorge es valiente.

—Sí, ¿quién lo duda? Pero hay aquí demasiadas cosas que le recuerdan su tragedia; demasiadas cosas que le impedirían ser feliz. En cambio, en el Este, donde ha hecho siempre su vida, — añadió Buck —, podría vivir tranquilo. ¿Por qué no os casais y os vais juntos?

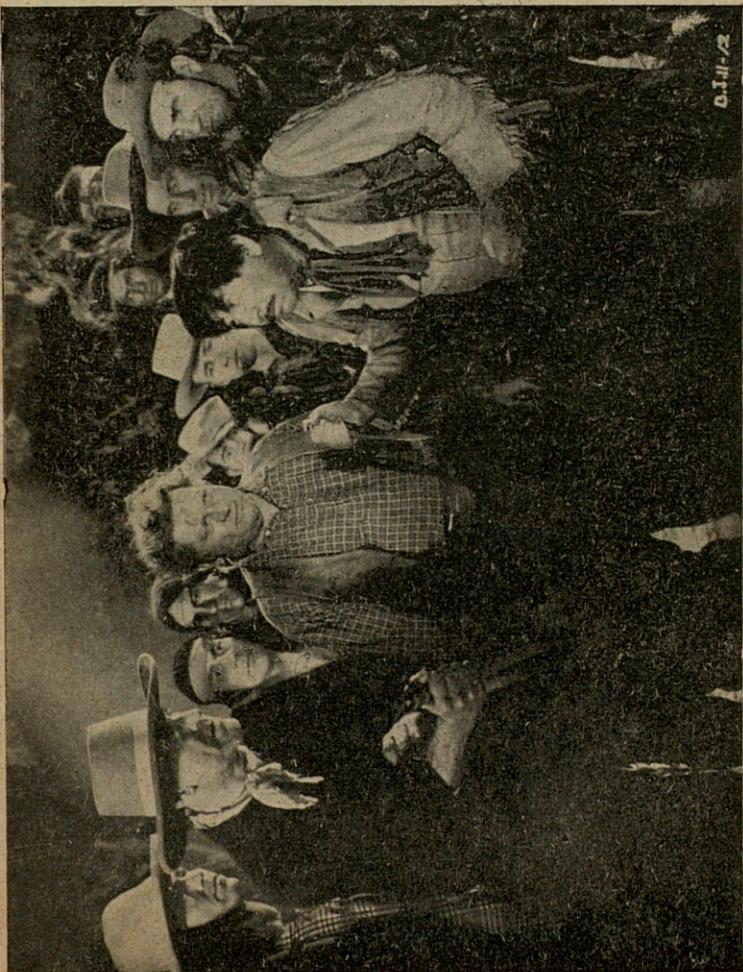
La muchacha se ruborizó sin saber qué decir:

—¿Casarnos? Pero si él... — balbuceó confusa — no me ha dicho nunca que...

—¿El? — respondió Buck. — ¿Qué más desea sino casarse contigo?



El muchacho montó a caballo y partió. Cabalgata..



los dos hombres tomaron las armas que se les tendían ...

—¡Oh!, pero...

—Y cuanto antes... — insistió el teniente. — Mejor hoy que mañana.

—Pero...

—Y mejor que nada, esta misma noche. Os casais y os marchais al Este.

Penny quiso hacer alguna objeción, pero no era el teniente hombre para detenerse ante pequeños obstáculos. Dejó, pues, a la muchacha y fué en busca de Jorge.

Cuando estuvo junto a él, habló:

—Muchacho, te veo demasiado con Penny.

—Sí... algunas veces... — asintió el muchacho.

—No es propio de un rural — prosiguió el teniente — perder el tiempo en niñerías.

—Nos queremos — contestó Jorge con sencillez.

El teniente repuso:

—Asegúrate antes bien qué clase de chisca es.

Al oír esto el muchacho, se levantó bruscamente con un impulso irreprimible de protesta. Pero el teniente le contuvo:

—Estate quieto. Sólo quería probarte. De modo que, ¿os queréis?

—Sí — afirmó Jorge nuevamente.

—Y, — continuó el teniente — ¿qué piensas hacer?

El rostro del muchacho se ensombreció y un leve velo de tristeza apagó el brillo de su mirada:

—No lo sé... No puedo seguir aquí: es superior a mis fuerzas. Es el terror de mi niñez que se ha renovado

hora y no me deja ni de día ni de noche. ¡No sé; no sé qué hacer!...

—Yo sí... Yo lo arreglaré todo. Esta noche hablaremos...

* * *

Pero, entretanto, Buck tenía que marchar. El jefe de la caravana de carros que vino a traer el reloj, regresaba junto a sus compañeros y Buck tenía que acompañarle.

Al quedarse solos, Jorge corrió a reunirse con Penny y hablaron.

—Penny, — dijo el muchacho — tú sabes que te quiero y que no puedo imaginar mi vida futura sin verte junto a mí.

—Lo sé, Jorge — respondió Penny — y por mi parte, sólo te diré que esa idea me hace feliz.

—Pero yo no puedo vivir aquí, — suspiró Jorge. — Esta vida no es para mí, no valgo, no sirvo. Toda mi niñez ha transcurrido bajo un perpetuo terror sugerido por la horrible visión de la matanza de mi madre y mis hermanos.

—¡Pobre Jorge!

Y ahora, de nuevo, — prosiguió el muchacho — en este ambiente de lucha y de inquietud, entre indios y bandidos, mis temores renacen y no me dejan vivir.

—Sí, sí — respondió Penny — hay que marchar, hay que marchar de aquí. ¿Sabes?, he hablado con el te-

niente; me ha dicho que nos casemos y nos vayamos al Este; donde tú quieras...

Sin embargo, por la imaginación de Jorge cruzó una duda:

—¿El teniente? Pero yo no puedo consentir que te sacrifiques tú ni que sacrifiques al teniente.

—¿Sacrificarié? ¿Sacrificar al teniente? — respondió Penny asombrada. — Pero, quién piensa en eso? Ni yo quiero al teniente ni él a mí.

Y la protesta de Penny era tan ingenua y vehemente, que Jorge comprendió en seguida que sus dudas no tenían razón de ser.

* * *

Llevaban ya bastante camino andado, cuando Buck que acompañaba al jefe de la caravana de carros, se detuvo: su mirada experta había descubierto en aquella soledad algo extraño. Continuaron avanzando y pronto comprendió de lo que se trataba: los hombres estaban tendidos en el suelo sin movimiento.

Llegaron junto a ellos: eran los rurales. Buck se detuvo pensativo...

* * *

Entretanto habían llegado al fuerte, guiados por su instinto, los dos caballos desmontados. Al verlos llegar sin jinetes, todos se alarmaron. ¿Una nueva fechoría de los bandidos? Sin duda. Fues había que castigarlos duramente y enseguida.

Al oír el toque de llamada, formaron todos los hom-

bras y con ellos Jorge. Y viendo Penny que con su mar-
cha se desvanecían todos sus proyectos, quiso impedir
que el muchacho partiese:

—No te vayas, no puedes irte. Es muy peligroso, y
tú no has nacido para esta vida. Habla con tu padre...

Pero el muchacho, a pesar de todo, tenía un alto
sentido del cumplimiento del deber:

—¡No, no! ¡Imposible! ¡Imposible!

Porque su padre, el capitán Murphy, ante la ausen-
cia del teniente Buck le había confiado a él el mando
de la gente, y no podía dignamente rehuir su respon-
sabilidad. Sería para su padre un dolor indecible, so-
bre todo, ahora que creía en él.

—¡No, no! ¡Imposible, imposible!...

Y poniéndose al frente de las fuerzas, partió al
galope.

Penny le veía marchar llorosa; tal vez tenía un tris-
te presentimiento.

—Jorge, Jorge!...

Y allá iba, en la noche clara, por los campos, por
el desierto, la cabalgata de los rurales prontos siempre
a defender la ley; y al frente de ellos Jorge Murphy,
con el corazón ausente y el ánimo confuso en un mar
de inquietudes.

Para cuando, de regreso ya, llegó Buck al fortín,
Jorge y sus hombres estaban muy lejos. Pero Buck, lle-
no de inquietudes, se puso en marcha inmediatamen-
te, sin temarse el más pequeño descanso.

* * *

Cuando los rurales al mando de Jorge llegaron a las
cercanías de Eicre, la guarida de los bandidos, bien
pronto se dieron cuenta de que reinaba allí una extra-
ordinaria alegría. Los bandidos, casi todos borrachos,
cantaban y jugaban, gritando y jurando.

Los rurales se detuvieron y Jorge envió a uno de
ellos a inspeccionar el terreno. Regresó a poco y en-
tonces dió Jorge las órdenes:

—Hay que cogerles prisioneros, pero sin matarlos.

Los rurales se miraron asombrados: pero, ¿era pos-
ible creer que aquellos hombres iban a ser hechos pri-
soneros sin disparar un tiro?

En aquel mismo instante llegó el teniente y al dar-
le cuenta de lo que sucedía, Buck con un recto sentido
de la disciplina, dió su conformidad diciendo que allí
se había de hacer lo que Jorge, en funciones de jefe,
había ordenado.

Pero cogiendo al muchacho por un brazo y lleván-
dole aparte, le dijo:

—Es inconcebible, ¿piensas seriamente que podrás
coger prisioneros a esos hombres? ¿No comprendes que
es eso imposible? Entablar la lucha con alguna ventaja
para cogerles de sorpresa, sí, es hacedero. Pero, ¿pri-
soneros? No, no; ni pensar en ello.

—¡La vida del hombre es sagrada! Yo no puedo ma-
tar — afirmó Jorge.

—Bien; te doy quince minutos para que cambies de modo de pensar.

—No, caeremos sobre ellos por sorpresa y los desarmaremos. Déjame hacer.

Y Jorge fué el primero que, ocultándose tras las peñas, fué avanzando hacia el lugar donde se hallaban los bandidos.

Entre los cuales se había producido una colisión: uno de ellos, totalmente borracho, había golpeado a otro, y al replicarle éste, comenzó una lucha entre los dos. Intervino entonces Howard, el capitán, para separarlos con muy malos modos.

—Basta de mojigangas, cobardones... — gritó — sois unos gallinas. Si queréis pelearos, que sea de verdad. Ahí van esos puñales, y el que sea más hombre que lo demuestre.

Hubo unos momentos de expectación, los dos hombres tomaron las armas que se les tendían y pronto comenzó la lucha.

Al principio, cada uno con su arma en la mano, procuraba estudiar a su adversario y conocer sus intenciones. Los primeros momentos eran de tanteo, luego vino la acometida, pero muy hábilmente cada hombre sabía esquivar el puñal del contrario. Proséguía la lucha: avanzaban, retrocedían, procurando aprovechar las ocasiones, se acometían, se retiraban nuevamente...

La expectación de los otros bandidos era enorme, todos atendían a la lucha interesadísimos, animando a su favorito. Y Jorge, entre tanto, al frente de sus hombres iba aprovechando esta distracción de los bandidos

para avanzar. Ganando terreno, con mil precauciones, sin hacer el menor ruido, conteniendo el aliento, avanzaban poco a poco para colcarse en lugar favorable. De vez en cuando, se detenían, aguardaban en espera angustiosa; luego, proseguían, y poco a poco iban dominando la altura que les procuraría buena posición para poder operar ventajosamente.

Por fin, ya estaban arriba, ya habían ganado la altura, un momento más y...

Pero en aquel instante, uno de los hombres que luchaban, aprovechando un descuido del otro, le hirió con el puñal. La sangre brotó con fuerza de la herida y el bandido se tambaleó para caer al suelo entre juramentos y gritos.

Entonces, Jorge, saliendo de la terrible angustia de aquellos minutos, a la vista de la sangre, lanzó un grito y volviendo las espaldas, trató de huir.

Este grito dió la alarma a los bandidos que reaccionaron inmediatamente y, comenzando a disparar,hirieron al muchacho en la espalda. Buck, casi en el mismo instante había disparado con sus hombres y muy pronto se generalizó la batalla.

Batalla encarnizada, a vida o muerte, que terminó con el triunfo de los rurales. Pero...

Jorge se moría. Sus últimas palabras fueron para hacer a Buck una recomendación: que procurara por todos los medios que no viese su padre que le habían herido por la espalda.

* * *

En el patio del fortín, ante los rurales formados y una bella joven que llora, el sacerdote hace el elogio del valor militar, de la disciplina y del cumplimiento del deber. Y termina con este elogio del que murió en acto de servicio.

—Descanse en paz, que su recuerdo vivirá para siempre entre nosotros.

F I N

— 32 —

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Tailor e Irene Dunne
- 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
- 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
- 4. *La vida de la Boheme*, por Martha Eggert y Jan Kiepura.
- 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
- 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullavan.
- 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
- 8. *La tumba india*, por La Jana.
- 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
- 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
- 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
- 12. *La marea de Caín*, por Noah Beery (hijo) Jean Rogers.
- 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
- 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *Capitán Costali*, por Karl Diehl y Olga Tschechowa

En preparación

Baile en el Metropol, Heinrich George y Heinz von Cleve.

La excéntrica, por May Rolson.

El poder invisible, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.

Wolga-Wolga, por Hans Adalbert, von Scheleton y Wera Engels.

10 e

PUBLICACIONES CINEMA
PASEO DE SAN JUAN, 91
BARCELONA

Nº 16